

El 11-M y varias reflexiones psicotrópicas

Vivimos tiempos difíciles para la psiquiatría. El 11 M ha puesto de manifiesto una vieja y persistente realidad: los psiquiatras seguimos siendo víctimas de una maldición enigmática y recalcitrante: la de la locura. El estigma nuestro lo es de cada día, de cada lugar, de cada circunstancia. Incluso en los momentos críticos, en los que el dolor todo lo inunda y todo lo supera, la psiquiatría sigue siendo una profesión peculiar y peligrosa. Al menos así nos ven los demás, o eso parece desprenderse de un juicio interesado, pero no por eso menos objetivo, de los hechos acontecidos y los gritos de auxilio: ¡se necesitan psicólogos!. No está mal que ellos sean los llamados, nada que decir acerca de la importancia de su trabajo, de la necesidad de su intervención... nada que objetar, con tal de que las enfermedades mentales no se curen.

No hace demasiado tiempo me dijeron en un programa de televisión, de esos dirigidos al gran público sensible a las emociones, que mejor no decir nada de que yo era psiquiatra, mejor sólo "doctor", pues la psiquiatría sigue dando miedo... Eso me dijeron unos periodistas a los que considero unos excelentes profesionales, pero que opinaban que la psiquiatría "sigue siendo... peculiar". Es lo mismo que yo he dicho antes, pero, como diría Alejandro Sanz, no es lo mismo ¿verdad?.

En estos tiempos que corren, saltan y vuelan, la salud no está nada bien, y la mental mucho menos, pasa por tantas miserias y desde hace tanto tiempo, que ya ni siquiera se queja de que la maltraten. Sin embargo la salud mental de los ciudadanos preocupa mucho. Sobre todo desde que la cuenta de gasto farmacéutico se dispara a costa de los psicofármacos. Antes los locos eran seres "peligrosos" pero baratos, ahora parece, a juzgar por lo que sale en la prensa, que son más peligrosos y más caros, y, claro, eso no sale a cuenta. ¿Habrà que invertir en psiquiatras?. ¿O en psicólogos?. A lo mejor eso nos sale más a cuenta y al final, que sepan nuestros "econo-ministros-sanitarios" que ellos también pagan impuestos, más o menos como un servidor.

En la ciencia médica hay muchas apreciaciones erróneas que a base de repetirlas se convierten en certezas. Especialmente en materia psicopatológica. De hecho, si una rama de la medicina ha sido víctima de tales asunciones y maldiciones ha sido la psiquiatría. Ello se debe en parte a su propia tendencia a sustentarse en especulaciones más que en evidencias, o a la reiteración de las palabras de "sus eminencias", o a la delicada frontera que en materia psíquica existe entre la evidencia y la evidencia. De ello a la ignorancia no hay más que un paso, y de la ignorancia al daño otro, lo cual no sería mayor problema si no fuese porque casi siempre suele afectar más a las personas más débiles, a los marginados o a los seres sufrientes, a los locos.

Pero el sufrimiento humano es una verdad que no admite excusas y no tolera tibiedades. No hay error posible en él. Se siente, se padece, se sobrelleva o se magnifica hasta hacerse insoportable. Las verdades emocionales son de esa categoría que no precisa demostraciones, son verdades "encadenantes", que siempre hemos de estar en disposición de rebatir. Las personas que padecen enfermedades mentales sufren mucho. Las locuras son sufrimiento en estado puro, y encima tienen la mala costumbre de resistirse a desaparecer, de prolongarse en el tiempo. De hecho, todos sabemos bien que alegría nunca es gratis, y que la tristeza, por desgracia, suele venir sin que nadie la invite. La alegría es una ducha, la tristeza un pantano.

Nunca he visitado a mi psiquiatra. De momento creo que no lo necesito... al menos eso pienso, aunque si lo necesitase no sé si lo sabría, y si lo supiera, no sé si lo visitaría... tengo dudas razonables... No hay más que verlo, por una parte todo el mundo lo dice, "da miedo ir al psiquiatra", y por la otra parte se contempla un mundo lleno de chamanes, de curanderos, de curas, de homeópatas, de programas rosiverdes, de sabelotodos empeñados en autoayudarme, de sofistas que

recetan antisufrientes platónoides... o incluso de psicólogos, tal vez estos puedan ayudarme con mis congojas y sinsabores, sin necesidad de acabar en el psiquiatra. No sé que será mejor. Ahora bien, lo que sí sé es que si algún día noto que por las cosas que me pasan por la cabeza padezco "sufrimientos, limitaciones y necesidades", visitaré a mi psiquiatra
Salud, más paz.

JESUS DE LA GÁNDARA
Hospital General Yagüe
Burgos